

Bladimir pronosticó que al doctor Paulo Emilio le iría muy bien en aquel lugar, y que la desagradable experiencia por la “intromisión de gente envidiosa”, le serviría para conducirse con cautela.

A la semana recibí una carta en la que me platicaba sus nuevas experiencias en aquella ciudad. “Me siento a gusto, pero te extraño mucho”, me escribió. “Una vez que encarrile mis actividades iré a visitarte”. Me comentó que había encontrado un ambiente de trabajo agradable.

Cada tercer día recibía sus cartas de mi amado. En una de las últimas me comentó su decisión de visitarme el siguiente fin de semana. Aprovecharía que uno de sus compañeros médicos visitaría a su novia en Poza Rica, y lo pasaría dejando en Papantla. En otra me dijo que el director del hospital le pidió que supliera la ausencia por enfermedad de otro de los doctores; se vio obligado a posponer su viaje. En la última carta me decía que no me escribiría otra para reservar temas de conversación para cuando nos viésemos.

CAPÍTULO 5

Paulo Emilio tenía planeado llegar a Papantla la tarde del viernes. Permanecí atenta, esperándolo; no llegó. Pensé que llegaría al otro día por la mañana. Tampoco. Al filo de las once de la mañana mi mamá y yo apostamos que mi novio estaría tocando la puerta a las doce del día. Dio la una de la tarde, y nada. Empezaba a preocuparme. Para calmar mi ansiedad, mamá me dijo que algún contratiempo profesional habría retrasado su arribo.

A las dos de la tarde mi mamá estaba inquieta. Cuando papá llegó a la casa dio por hecho que ya había llegado mi novio; al verme preguntó:

—¿Comerá con nosotros el doctor? —Demoré mi respuesta, papá pensó que había habido algún problema entre nosotros.

—Tu carita me dice que se disgustaron, ¿cierto?

—No, papá, nada de eso... es que... no ha llegado —le respondí.

En la tarde escuché a Mozart. Pensaba en todo, hasta en cosas tontas. “Tal vez conoció a otra chica de la que se había enamorado —pensé—, y no encontraba palabras para decírmelo”. La idea me enloqueció. A la hora de la cena seguíamos sin noticias. Con la intención de consolarme, papá le dijo a mamá delante de mí: “Seguro que el doctor tuvo que salir de inmediato a su casa de México, para atender algún problema que debió haber surgido en su familia”.

Esa noche no dormí bien, tuve sobresaltos, desperté dos o tres veces. Aún tenía la esperanza que el día que estaba por reventar el alba viera su atractiva figura. Mis brazos lo recibirían, luego me contaría los motivos de su demora.

Me levanté a las nueve de la mañana. Antes de desayunar tomé una ducha; estrené un vestido que recién habíamos comprado en la boutique propiedad de la familia de Bladimir. Nos cobraron la mitad del precio, las empleadas tenían esa instrucción. Una cortesía más. “Paulo Emilio va a desayunar con nosotros”, especulé. Moría por verlo. Con su presencia los motivos del contratiempo hubieran quedado en el olvido. Estábamos a punto de tomar los alimentos cuando llamaron a la puerta, miré a mi papá, después a mamá; esperaba que me indicaran que abriera. No hubo tal instrucción. Mi corazón latía fuerte, imaginaba a mi novio entrando a la casa platicando las causas de su demora. Mi padre caminó hacia la puerta, no volteó, la abrió. Era uno de los cuidadores del rancho que recién había comprado papá.

—¿Qué pasa, Juan? —exclamó papá con sorpresa—. ¿Qué te trae a mi casa a la hora de la comida?

—Patrón le traigo un informe —contestó el trabajador—. Dime, adelante... Tres vacas están muertas, murieron envenenadas, los ojos los tienen reventados, el hocico morado. No fue culebra porque no tienen la mordida de un animal de esos. La muerte es de otra manera, alguien las envenenó. Hay pisadas que no son las nuestras, tampoco las de usted. ¿Qué hacemos, patrón?

—Prepara el entierro de dos vacas, deja una donde está, no la muevas, ni siquiera la toques, llega allá mañana temprano. Enciende dos antorchas, que ardan toda la noche para alejar las apetencias de cualquier animal. Si no has comido pasa a la cocina, que te preparen algo para que no te regreses con la panza vacía. Anda, Juan, pasa.

Nos olvidamos del asunto que nos tenía preocupados. Papá regresó a la mesa, nos contó lo sucedido, nos sorprendió pero no le hicimos preguntas; la noticia lo distrajo. Nos apresuramos a desayunar. La extraña muerte de las vacas y el retraso de mi novio nos sumieron en una laguna de especulaciones. Terminamos de desayunar y ninguna noticia de mi novio llegó a nuestra puerta. Mi papá se levantó sin hacer sobremesa, fue al librero para consultar libros de medicina veterinaria y otros sobre mordedura de animales. Ojeó algunos a fin de refrescar sus conocimientos. No contradijo la opinión de Juan pero no descartaba la picadura de algún animal ponzoñoso, tal vez alguna culebra venenosa poco conocida en la zona.

EL DÍA ESTABA cediendo su lugar a la noche. Las primeras estrellas se adueñaban del firmamento, el atardecer estaba fresco. Antes de que oscureciera me asomé por la ventana con la esperanza de ver, con la ayuda de los faroles que desde las seis se encendían, a Paulo Emilio caminar hacia mi casa a toda prisa, con su eterna sonrisa y cargando el ramo de flores que antes de verme compraba en el mercado.

Todo en vano. Estaba preocupada y triste. Se acercó mi mamá, alisó mi pelo con sus dedos; luego descansó su mano sobre mi hombro.

—Veo tu preocupación... en un noviazgo nada de esto es ajeno, los que llevamos un buen trecho de vida se nos hace normal que pasen estas cosas que no dejan de afectarnos. Mañana lunes que abran la agencia de teléfonos, te prometo hablar al hospital donde trabaja Paulo Emilio; vas a ver que tendremos buenas noticias. No te aflijas, ve a tu cuarto, descansa, nos vemos en la cena —me propuso mi mamá en tono convincente.

Esa noche fue callada, silenciosa, se pudo haber escuchado la caída de un alfiler. Los vientos de la madrugada eran raros, estuve inquieta, tuve sobresaltos, mis pensamientos volaban alto, sentía que tropezaban con las nubes que ocupadas estaban en cerrarle el paso al firmamento.

Al aclarar el día me levanté, preparé mis cosas de la escuela, desayuné. Recordé que no había hecho la tarea, no era mucha pero me caracterizaba cumplir con mis obligaciones escolares. Mi papá salió temprano para atender el problema de las vacas, no me despedí de él. Mamá me acompañó a la puerta para despedirme y darme sus bendiciones; con señas me confirmó la llamada que haría a Huamantla.

En todo el camino observaba a la gente, esperaba que alguien me diera información de mi novio. Me daban los buenos días, algunos le mandaban saludos a mi mamá o a papá. En la clase no me pude concentrar, la maestra de matemáticas notó mi distracción. Unas compañeras me preguntaron si había terminado con mi novio porque no nos vieron el día anterior en el parque. Mis respuestas fueron cortantes, estaba preocupada, no tenía deseos de hablar del asunto. Estaba deseosa de saber de él, andaba abstraída. En el camino de regreso me topé con dos payasos trepados en zancos, los niños a su alrededor gritaban y reían sin contención. Apresuré el paso para llegar a casa lo antes posible. La puerta estaba abierta, entré sin voltear a ningún lado, mi mamá caminó a mi encuentro, me recibió la mochila; su rostro reflejaba desasosiego; tuvo dificultad para articular palabras, sus manos las colocó sobre mis hombros.

—Hablé al hospital —me notificó—, uno de sus compañeros doctores me dijo que se enteró que Paulo Emilio salía para acá el pasado viernes, que venía a verte. Al recibir estas respuestas llamé a su casa de la ciudad de México, me contestó Dora, su hermana, recordó que el jueves él habló por teléfono con su mamá, le confirmó que vendría a Papantla. Me apuntó que están preocupados, más aún porque no habló el sábado para felicitar a su otra hermana por su cumpleaños. Tampoco envió telegrama como acostumbraba hacer.

Su compañero del hospital le escuchó decir que se vendría en autobús. Fui a la terminal de autobuses de aquí, no había registro de que hubiera abordado el transporte. Al poco rato hablé de nueva cuenta con la hermana, así habíamos quedado, me hizo saber que viajarían inmediatamente a Huamantla. Vamos a esperar, hija.

Mi cabeza se llenó de especulaciones, imaginaba lo peor; no sabía qué pensar para tranquilizarme. A todos nos tenía con el Jesús en la boca. Llegó mi papá, nos hizo saber de la desaparición del doctor. Nos dijo que la noticia ya andaba por todo el pueblo, no sabía cómo llegó ni por boca de quién. En eso estábamos cuando se apareció el señor Bladimir acompañado de su hermano Ricardo. Le propuso a mi padre que si deseaba trasladarse a Huamantla él nos apoyaría con vehículo y chofer.

—Sé de la preocupación que los embarga, no deseo quedarme con los brazos cruzados, su congoja es la mía, quiero apoyarlos en todo lo que esté a mi alcance; por favor cuenten conmigo, se los digo de corazón.

—Tenemos que esperar a que la familia del doctor nos informe —le planteó mi papá al señor Bladimir—. De eso depende que nos movilicemos a cualquier lado para apoyar en lo que sea necesario. Estaremos atentos a los acontecimientos.

Para las 7 de la noche mi alma era presa de la zozobra, cualquier minuto podría ser portador de noticias desagradables. En ese momento no me llamó la atención que Bladimir se anticipara ofreciéndonos el traslado. En la cena, que en esa ocasión se retrasó una hora, mi mamá y yo merendamos sin apetito; papá comió igual que siempre, pero callado, no hizo ningún comentario.

A LAS SIETE DE LA MAÑANA del martes, después de lluviosa noche, papá estaba listo para acudir al rancho de un amigo suyo para atender a uno sus animales. Llamaron a la puerta, presuroso salió mi papá para atender a quien estaba llamando. Un hombre se presentó, le dijo que iba de parte del señor Bladimir para decirle que ya había noticias del doctor, que no eran buenas.

—¿Puede usted acompañarme?, lo espera mi patrón en su casa para hablar a solas sobre el asunto.

Antes de acudir al obsequioso llamado de su “humanitario” amigo, papá le dio instrucciones a su ayudante para que se adelantara al rancho con lo necesario para curar a los animales. Le hizo algunas recomendaciones. Partió al encuentro.

Mi mamá estuvo de acuerdo que no fuera yo a la escuela, “La directora comprenderá si posteriormente se lo explicamos”, sugirió mi mamá. Pasarían escasos cuarenta minutos cuando papá regresó para decirle a mamá que a Paulo Emilio lo habían encontrado en las inmediaciones de una colonia de Huamantla, que de acuerdo a los informes que le habían hecho llegar sus amigos al señor Bladimir, estaba mal herido e inconsciente.

Papá bajó la voz para decirle a mamá que sus ropas olían a licor y que su camisa estaba manchada con pintura de labios. Ella se sorprendió, abrió los ojos, intentó articular una frase que inmediatamente cortó: “Entonces...”

Pretendió decir que había estado envuelto en un lio de esos que entremezclan la prostitución y el alcohol. Me desvanecí en mí misma, no sabía qué pensar. Le pregunté a papá sobre la gravedad de mi novio, me respondió que había que esperar la información de la familia. Tras estas palabras se retiró a cumplir con su responsabilidad de médico veterinario.

Primero me había dicho mamá que no fuera a la escuela, luego cambió de opinión, me envió a la escuela. Tomé mis cosas y salí inmediatamente. En el camino me topé con una comadre de mi mamá, me saludó con un beso en la mejilla y me comentó: “Verás que todo estará bien, hija, no hay que creer en los rumores”.

Ese día sería de noticias desagradables, por eso consideró mamá que no debía estar en casa. Llegué un poco tarde a la escuela, le expliqué a la directora lo que ocurría en casa; no me hizo ningún comentario.

Una hora después que salí de la casa, el mensajero de la caseta de teléfonos le avisó a mamá que se reportara a la ciudad de México. Ella deseó que la noticia que le darían fuera más esperanzadora que las anteriores. Se comunicó, le contestó una mujer, le habían encargado darle la noticia. Apuntó que Paulo Emilio estaba hospitalizado, su condición era grave.

—Señora, toda la familia viajó a donde está hospitalizado mi primo, al parecer está grave —no dijo más, colgó.

Presa de la incertidumbre papá regresó rápido a casa. Ahí se encontró con la referencia de labios de mamá de lo informado por la prima de Paulo Emilio. Hablaron de viajar a Huamantla, aprovecharían el ofrecimiento de Bladimir. Viajar en la camioneta de papá hubiera sido incómodo. Consideraron que no era prudente que me llevaran por la impresión que me provocaría ver a mi novio en esas condiciones.

El reloj marcaba las siete de la noche. El mensajero de la caseta de teléfono de nueva cuenta fue a la casa. De sus ropas sacó un recado escrito de lo informado por la familia de Paulo Emilio. Avisaban que por la gravedad de las heridas provocadas con arma blanca decidieron trasladarlo a México. Lo internarían en la clínica donde el director era un primo hermano de su mamá.

Meses antes, mi novio me había comentado que el pariente de su mamá le había ofrecido que cuando concluyera sus estudios podía trabajar con él.

EN REPETIDAS OCASIONES me aseguró Paulo Emilio que no le gustaba tomar licor, menos emborracharse. Me explicaba que en fechas especiales como las decembrinas, el cumpleaños de alguno de sus parientes cercanos u otro

acontecimiento que para él tuviera especial significancia como la fiesta de mis quince años, tomaba no más de tres copas de vino; me lo juraba, se lo creía. La versión que cuando lo encontraron tirado en la calle olía a licor, no la creí. Las manchas de pintura de labios en la camisa me hicieron dudar. Aunque eso no sería motivo para dejar de quererlo, no estábamos casados.

Antes de acostarnos papá nos dijo que preparáramos maletas porque el jueves siguiente saldríamos a México; yo estaba incluida en el viaje. Él Conocía la gravedad de Paulo Emilio. También nos comentó que un empleado de Bladimir llamó a la casa de Paulo Emilio a fin de que le proporcionaran la ubicación de la clínica. Le insistí que saliéramos lo antes posible, que no esperáramos más.

En aquella lluviosa tarde de miércoles, como a las siete, llegó a la casa el mensajero con infaustas noticias.

—Buenas tardes, Señora. Llamaron de México, le traigo el recado —le dio el papelito en la mano.

—Muchas gracias, Héctor —En el recado anterior le preguntó su nombre.

—¡Bendito Dios! ¡Ha muerto Paulo Emilio! —exclamó mi mamá, se llevó la mano a la boca, balbuceante leyó lo que seguía.

—Será velado mañana en la funeraria... Aquí está la dirección —mostró el papelito.

La noticia fue un duro golpe emocional para mí. Salí corriendo a la veterinaria para darle la noticia a papá, no se encontraba, le dejé el recado. Media hora después llegó a la casa. Antes que mamá articulara alguna palabra mi papá se adelantó.

—¡Murió, verdad?

—Dios lo tenga en su santo regazo —agregó mi madre visiblemente turbada.

Entristecí, lloré desconsoladamente, abracé a mi mamá, le pedí que me dijera que no había muerto. Trató de confortarme; me dijo: “No te preocupes hija mía, él vive donde Dios lo haya puesto”. Subí a mi cuarto para meter a la maleta ropa oscura. No cené, el hambre se había esfumado. No me acuerdo si mis papás cenaron. El jueves, muy temprano, desayunamos apresuradamente. Fuimos a nuestras habitaciones por las maletas, mis papás las subieron al auto antes que yo. Cuando salí me sorprendió ver frente a la puerta de la casa un automóvil nuevo, color negro, con un chofer uniformado que yo jamás había visto. El tipo se encargó de colocar el equipaje en la cajuela del automóvil. Instantes después arrancó el carro y partimos a México.

No había lugar a dudas, la vida me estaba cobrando una de las facturas más caras de mi vida.

En el camino le pregunté a mi mamá que si podría ser algún castigo de Dios que me haya mandado; me fundamentó que no porque Dios no castiga, que la vida era un

conjunto de altibajos y a veces nos tocaba padecer y sufrir. Mientras el auto avanzaba por la carretera a toda velocidad, revisaba mi vida tratando de encontrar alguna falta que hubiera cometido que ameritara un castigo.

POR FIN LLEGAMOS a la ciudad de México. Era la primera vez que la visitaba, me pareció enorme. El chofer nos llevó a un hotel diferente al que la familia de mi novio nos había sugerido; parecía caro. Mi papá le comentó al chofer que la familia del doctor le había recomendado uno más cercano, no tan costoso. El chofer le contestó que el señor Bladimir había hecho la reservación, que él llevaba el dinero para pagarlo, “inclusive las comidas”, contestó con gentileza, como presumiendo de la bondad de su patrón. “Dígale que Dios se lo va a pagar. Qué hombre tan bondadoso es”, comentó mi papá en voz alta.

Nos instalamos en el hotel; una habitación para mis papás y otra para mí solita. Ordenó papá que estuviésemos listas en 30 minutos.

Fui la primera en bajar al vestíbulo, vi a mi alrededor, en las paredes había grandes cuadros pintados al óleo. En uno de ellos estaba Napoleón montado en su caballo blanco; en otro, la imagen de La Toma de la Bastilla. Varios más con personajes que no logré identificar en ese momento. También adornaban el vestíbulo varias figuras de mármol. “Hospedarse aquí debe costar una fortuna”, imaginé. La pena me impedía disfrutar del armonioso ambiente del lugar... ¡imposible!, mi corazón estaba quebrantado.

Miré a la calle, vi al chofer recargado en el auto, estaba al tanto de nuestra salida. Minutos después bajaron mis papás.

Papá me tomó del brazo, bajamos las escaleras. El chofer abrió las portezuelas, entramos; papá adelante y nosotras atrás. Era una marcha a lo desconocido, a donde nadie quiere ir, poca diferencia con un viaje sin retorno. Eran momentos difíciles.

El chofer conducía sin titubear por las calles de la ciudad. En pocos minutos estábamos en la funeraria. Entramos al edificio a paso lento. Las mujeres y los hombres también vestían de negro. Mi papá me tomó por el hombro, me apretó contra su cuerpo.

Papá preguntó a la joven que nos encontramos en la entrada, que se presentó como la prima de Paulo Emilio que había hablado por teléfono con mi mamá, quiénes eran los papás de mi ex novio. Como si la prima estuviera en espera de nuestro arribo, nos llevó donde estaba la mamá; tenía las huellas que deja el llanto. La señora me abrazó, lloró inconsolable. Me dijo que Paulo Emilio frecuentemente le comentaba de mí, “Te llevaba en su corazón”, agregó. Cuando consiguió controlarse me presentó a los familiares más cercanos. Ahí llegó el papá.

Su hermana me dijo que tenía muchos deseos de conocerme, “Pero no en estas circunstancias”, aclaró. Al fondo de la sala estaba el féretro; no quería verlo, no podría abrir sus vivaces ojos, ya no podrían verme. Pensé en lo volátil que es la vida. La mamá permaneció junto a mí parte de la noche. Mis papás platicaban con otros matrimonios de las extrañas circunstancias de su muerte. Alrededor de la caja, en el piso, estaban colocados ramos de flores blancas; las coronas estaban recargadas en las paredes del vestíbulo. A ratos cavilaba sobre la ofensa del destino. Estaba inmersa en el más grande sufrimiento que a cualquiera destroza.

Entrada la madrugada nos retiramos al hotel a descansar, el viaje y el desvelo nos agotaron. Debíamos reconfortarnos para el último adiós. A las doce del día regresamos a la funeraria. La mamá del doctor se separó breve tiempo, fue a su casa a bañarse. Cuando regresamos, acudió a nuestro encuentro el papá de mi novio. A mí me agradeció haber amado a su hijo, a mis papás les reconoció por la hospitalidad que le brindaron.

Llegaron como veinte personas de Guanajuato, su tierra, todos eran familiares. Se lamentaban del deceso, coincidían en asegurar que Paulo Emilio no era aficionado a las bebidas alcohólicas.

Quedaría en mis recuerdos sus pláticas que me transportaban al mundo del conocimiento y las ilusiones, mirándome fijamente a los ojos.

Una ex novia de Paulo Emilio estuvo presente en la ceremonia luctuosa; se acercó a mí, me expresó sus condolencias, por sus mejillas rodó una lágrima, me dijo que lamentaba lo ocurrido, que tenía conocimiento que me quería mucho. Me abrazó, lloré. Para que yo no la fuera a considerar una rival de amores me anticipó: “Terminamos porque éramos diferentes, yo siempre desee que encontrara alguien como tú, eres hermosa y de buenos sentimientos. Él me lo dijo en el cumpleaños de una amiga, estaba presente mi novio”.

NUESTRO COCHE ESTABA EN tercer lugar atrás de la carroza. En el auto mi mamá me dio una pastilla para controlar mis nervios. La caravana fúnebre avanzaba lenta. Los vehículos que nos encontrábamos en el camino detenían su marcha para que el cortejo pasara. Los señores que llevaban sombrero se lo quitaban, las señoras se persignaban, nos veían con miradas compasivas. Una anciana, en el balcón de su casa, con la mano izquierda sostenía una cruz plateada que mantuvo en alto mientras pasaba el cortejo. Una pareja de personas mayores que caminaba por la banqueta se persignaron cuando pasamos frente a ellos. Detrás de una larga barda vi muchas tumbas, supuse que estábamos llegando a la nueva morada de Paulo Emilio.

Se detuvo el cortejo, nos bajamos, sólo la carroza tuvo acceso al interior. Detrás nos íbamos acomodando para formar dos hileras. Transitamos por las angostas callejuelas del panteón, el silencio era sepulcral, se oía el canto de los pájaros posados en las ramas de los árboles. Las hojas secas crujían bajo las pisadas de la procesión. El aire vibraba, olía a muerte. Parecía que los árboles se aquietaban a nuestro paso compartiendo nuestro dolor. Mis papás caminaban a mi lado. Personas en otras tumbas con ramos de flores en las manos, lloraban a sus muertos.

La mamá de mi difunto novio volteaba a verme, parecía que le consolaba mi presencia. Hacía esfuerzos por sonreír conmigo. Llegamos donde estaba un enorme hueco en la tierra, la familia de él y nosotros nos colocamos alrededor de la oquedad; los amigos estaban parados en un segundo círculo. Previendo algún desmayo mi papá me sujetó por los hombros.

El personal de la funeraria colocó unas poleas en la caja. Lentamente hacían girar la manivela, poco a poco descendía. Las cuerdas se desenrollaban hasta llegar a su posición final, cada instante se alejaba de mí, jamás lo podría recuperar. El efecto de la pastilla fue insuficiente. A lo lejos se escuchó el repiqueteo de una campana. Cerca se escuchaba el susurro de unas personas que rezaban. Me sentía embelesada, como que yo no era yo.

La desgracia me lo arrebató, la ansiedad me ahogaba. Muchos lloramos sin parar cuando la caja tocó el fondo de la sepultura. Nadie hablaba, todos miraban la fosa. Alguien prorrumpió el ambiente de los llantos para decir que Paulo Emilio se estaba uniendo a Dios, que le explicáramos a nuestros corazones que Dios había decidido llevárselo por razones que los mundanos debíamos aceptar. “La muerte es parte de la vida, permitamos que se vaya en paz, era un hombre tan generoso y de tan buen corazón que desde arriba nos estará observando y cuidando. Él sabrá perdonar la mano que provocó el daño que ahora nos ha congregado”. Esas palabras llevaron un poco de consuelo a los presentes menos a mí. Sentía que con él se sepultaba también la mejor parte de mi historia, la más bella, la de mayor ilusión.

El lamento era sonoro, el sonido de las primeras paladas de tierra sobre el cajón entraban por mis oídos directo al corazón. Sentí hondo desprecio por la vida, imaginé tirándome al interior de la tétrica excavación; papá lo hubiera impedido, permanecía abrazándome. No me había percatado que estaba un sacerdote hasta que inició el sermón.

Mi memoria conservaba las palabras del hombre que más quise: “Estoy enamorado de tus ojos”; “Primero enamórate de ti misma...”; y otras que en ese momento creía escuchar. No apartaba la vista de las palas que presurosas trataban de ocultar con tierra la caja de metal color gris con decorados en blanco; también quedaba sepultado

nuestro juramento de amor. Mi alma desconsolada lloraba sola, en silencio. Voltee al cielo en busca de alguna respuesta que contestara las preguntas que en mi mente se acumulaban, no encontré nada, ninguna señal.

Mi cuerpo empezó a flaquear, me desvanecí, mi padre me detuvo, evitó que cayera al suelo. Cuando volví en mí estaban unas personas echándome aire con abanicos improvisados. Mi mamá acercaba a mi nariz un algodón empapado en alcohol que alguien le proporcionó. Una vez que pasamos por el difícil trance, nos despedimos de los papás de Paulo Emilio; nos insistió que regresásemos a su casa para que le platicáramos de mi difunto novio. Así lo hicimos.

Permanecimos una hora recordando las vivencias con el hijo que había partido. Mi mamá propuso que debíamos retirarnos para dejarlos descansar después de los angustiados días. Les prometimos regresar pronto. La hermana prometió visitarnos en Papantla. Deseaba conocer el lugar del que tantas cosas les había conversado el difunto.

LLEGAMOS AL HOTEL, nos dirigimos al restaurante, mi mamá propuso que regresáramos al pueblo hasta el día siguiente; mi papá me pidió que le preguntara al chofer si no habría inconveniente que así fuera. Lo hice, me informó que había recibido indicaciones de su patrón, Bladimir, que nosotros dispusiéramos del tiempo necesario, que estaba bajo indicaciones nuestras: “Tengo instrucciones de proponerles que el día de mañana permanezcan aquí en México, para que aprovechen visitar la Basílica de Guadalupe y la Catedral Metropolitana, y puedan orar por el descanso del alma del doctor, y para rogarle a la virgencita que usted, señorita, encuentre pronto sobrecogimiento del dolor que le ha provocado la pérdida del joven profesionista”.

Regresé a la mesa, les dije lo que me acababa de proponer el voluntarioso hombre. Se miraron, al unísono preguntaron mi opinión, les contesté que valdría la pena rogar por el descanso eterno de mi difunto ex novio. Yo aprovecharía para hacer una promesa.

—Bien, hija, regresa a decirle que aceptamos su propuesta; la oportunidad de visitar a la virgen de Guadalupe en su propio templo no se da tan a la mano. Dile eso y agradécele su disposición, por favor. Todos necesitamos un momento de recogimiento espiritual —agregó mamá.

En el restaurante estaba un matrimonio que había asistido al funeral; se acercaron a nosotros, se presentaron como los padrinos del ahora difunto. El día anterior habían llegado de Querétaro, nos relataron varios pasajes de su vida de niño y de adolescente. Aseguraron que se casaría conmigo, así lo tenía planeado, “Tenía planes contigo, te adoraba, nos platicaba por carta cuánto te amaba. Qué gusto nos da conocerte, eres guapa y de hermosa familia. No te vayas a abatir, tienes que vivir tu vida, estás joven,

tu espíritu es transparente. Estás educada con valores, tienes toda una vida por delante”. Esas palabras fueron muy oportunas, me hicieron comprender muchas cosas. En el sonido ambiental, Agustín Lara cantaba *María Bonita*.

No desayunamos en el hotel, lo hicimos en un restaurante de la Avenida Reforma. De ahí salimos a la Basílica de la Virgen de Guadalupe en su santuario de La Villa. Cruzamos a pie el atrio. Entramos al templo, volteé para todos lados, vi imágenes, cuadros, figuras religiosas, sirios, veladoras; nada escapó a mi vista. Seguí caminando hasta quedar a los pies de la virgen, coloqué en el piso un ramo de flores blancas que compramos afuera. Primero le pedí paz para mi alma, luego que a Paulo Emilio le destinara un lugar privilegiado en la gloria. También rogué por mis padres y por la familia del doctor. Mis padres se quedaron atrás. Convencida estaba de no volver a tener novio, temía que pasara lo mismo; tampoco me gustaría quedarme soltera. Sería difícil amar a otro hombre, no lo lograría. El dolor era grande, la decepción también.

Me coloqué frente a la Virgen de Guadalupe, la miré a los ojos, también me miraba, me observaba con atención, parecía que adivinaba mis pensamientos. La paz llegaba a mi adolorido corazón. Después de un rato regresé con mis padres. Ellos rezaron algo. Después de un rato salimos de ahí.

NOS DIRIGIMOS a la Catedral. Llegamos al Zócalo, miré el Palacio Nacional, luego dirigí mi vista al templo, me pareció grandioso, lleno de representaciones místicas. Antes de entrar volteé a ver los otros edificios que estaban alrededor del Zócalo. Entramos, se celebraba una misa, se casaban unos jóvenes. Ella, de unos 20 años; él, como de 22. Participamos de la celebración religiosa. Derramé lágrimas, las sequé con las palmas de mis manos. Imaginé mi boda. Terminó la ceremonia. Esperamos en nuestros lugares a que salieran los novios. Caminaban alegres, saludaban. Me agradó ser testigos de la unión eterna de dos vidas. Al pasar frente a mí la recién casada volteó a verme con expresión de simpatía, levanté mi mano para saludarla, me contestó el saludo; el novio hizo lo mismo.

Salimos de la iglesia, a paso lento cruzamos el atrio; rodeamos a los invitados y familiares de los novios que obstruían el paso.

En la calle nos esperaba el chofer; nos hizo la seña que el vehículo estaba cerca de la esquina de la cuadra de la catedral. Caminamos al auto, el chofer, afanoso, abrió la puerta.

La primera en abordar fui yo, luego mamá; detrás de ella, papá. Los tres atrás, así lo propuso Sebastián. Nos miró por el espejo retrovisor, nos transmitió las instrucciones de su patrón: “El señor Bladimir me ordenó que los llevara a comer a un restaurante de la calle 5 de mayo, les va a gustar, se come muy sabroso; está a pocas cuadras de aquí. Se sentiría complacido si le aceptan”. Mi papá, sonriente, nos

preguntó: “¿Están de acuerdo?”, le respondimos que sí. Nos trasladamos para allá. El Distrito Federal me pareció una ciudad fascinante. Me hubiese gustado verla con los ojos de los recién casados. El chofer conocía bien los lugares mejor recomendados para visitar.

El chofer se llamaba Sebastián. Llegamos al restaurante, caminó delante de nosotros, nos propuso la mesa que debíamos ocupar. Lo invitamos a que se sentara con nosotros, no aceptó; justificó que estaría en otra área del restaurante. Los comensales parecían de clase media alta, como conservadores. La gente platicaba amenamente, nosotros veíamos. Varios hablaban de negocios, de sus portafolios sacaban papeles y fotografías, y escribían.

Los que me veían seguramente no notaban mi aflicción. Deseaba que alguien me dijera lo que manifestaba mi cara. Años después, ya casada, Benjamín me platicó la historia de ese restaurante. Terminamos de comer, papá llamó a la mesera para pedirle la cuenta, nos dijo que ya había sido pagada por Sebastián. Mis papás se apenaron. Para mí era normal que esos detalles los tuviese algún amigo adinerado de mi papá. El jefe de meseros se acercó para despedirnos, deseó vernos pronto, apuntó que éramos una familia distinguida como las que prefieren el restaurante. Me sentí halagada.

En el restaurante aprendí el uso de vasos y las copas de acuerdo a su tamaño y forma. Le comenté a mis papás que debíamos copiar el uso de la vajilla, se rieron, no dijeron que no. Cuando salimos del lugar papá le preguntó a Sebastián si había comido, contestó afirmativamente. Le pregunté que dónde lo había hecho, me dijo que comió con un conocido suyo que trabajaba como chofer de una familia que estaba en el mismo lugar. Seguíamos sin entender por qué no se había sentado con nosotros. Nos paseó por algunos lugares de la ciudad, los más bonitos.

A las ocho de la noche llegamos al hotel. La cena fue ligera. A las nueve y media subimos a nuestras habitaciones. Al despertarme era un nuevo día. El sol brillaba desde lo alto. Emprendía otra vida. El halo de mi inocencia quedaba atrás. No tenía la menor idea de lo que venía. Pensaba que Dios me estaba sometiendo a duras pruebas para prontamente darme la sorpresa con el advenimiento de mejores tiempos. ¡Vaya ilusión!

Nos pidió papá encontrarnos en el restaurante a las ocho y media de la mañana para salir a Papantla a más tardar a las diez. Todos deseábamos regresar a casa. Yo extrañaba mi cuarto, mi cama, mis compañeros. Si se hubiera tratado de un viaje por vacaciones otra cosa hubiera sido, pero con los imprevistos como motivo no era nada gratificante.

El imprevisto viaje a México fue de contrastes. No todo fue dolor, conocí lugares y saboreé comidas diferentes. De regreso a Papantla ocupé el asiento delantero, deseaba ver los paisajes y los pueblos por los que íbamos cruzando.

Me ganó la curiosidad y le pregunté a Sebastián por qué conocía la ciudad de México palmo a palmo; me respondió que él radicaba en el Distrito Federal, que le conducía al señor Bladimir cuando iba al Distrito Federal o a Cuernavaca; que el resto del tiempo se encargaba de recibir los productos que enviaba Bladimir a la Central de Abastos. Ésta plática no la escucharon mis papás, el agotamiento y el suave desplazamiento del vehículo, los durmió

El chofer se quedó en el mismo hotel que nosotros, tomaba sus alimentos antes para cumplir con la encomienda de conducirnos por la ciudad. La visita a la Virgen de Guadalupe apaciguó un poco mis emociones. Fue importante haber estado en la Catedral, el templo más importante de México. También me agradó conocer las zonas más bonitas de la capital. Me convencí que la vida debía seguir rodando, mis ánimos tenían que enfriarse.

CAPÍTULO 6

Una semana después de los funerales de Paulo Emilio, el trabajador del rancho de mi papá nos sorprendió con la noticia que se habían muerto dos reses. Insistió que la muerte de las vacas la había ocasionado el veneno de algún animal raro en la zona. Días después mi mamá platicó con una comadre de las que creen saber todo, le dijo que en Papantla se estaba poniendo en duda el profesionalismo de mi papá, comentaban que “ni a sus propios animales podía curar”. Mamá se lo contó a papá cuando llegó a comer. Se preocupó, le aseguró que no era ningún animal ponzoñoso de los que hay en la zona, el piquete y los efectos del veneno eran diferentes.

Papá acudió con el señor Bladimir para comentarle lo sucedido. Le afirmó que en su carrera como médico veterinario nunca había visto algo así. El amigo se ofreció para enviar a un laboratorio de Puebla, una muestra del área infectada del animal para ser analizada; uno de sus choferes la llevaría aprovechando un viaje que tenía que hacer para comprar mercancía. “De esa manera saldríamos de la duda”, externó con amabilidad. Al siguiente día se cumplía el acuerdo.

Dos días más tarde, papá recibió un telegrama con los resultados del análisis: “Picadura de un animal conocido como Scorpionida, dotado de un par de apéndices (tenazas), que produce un veneno de alta letalidad”. Al investigar más sobre éste animal, descubrió mi papá que su hábitat eran las zonas desérticas o las selváticas tropicales. Era imposible que ese animal pudiera habitar en un lugar como Papantla,